

LA MAGIA DEL SILENCIO

Las moscas más madrugadoras ya danzaban una detrás de otra por el techo de su habitación. Dora lo pudo comprobar aún con los ojos pegados de *recienlevantada*.

Eso de madrugar, a ella, no le entusiasmaba mucho. Pensaba que levantarse tan pronto era cosa de adultos y que con once años, no era recomendable hacerlo.

¿Cómo era?...¿flojitis?. Sí, eso era. Su profe de lengua decía que padecía de *flojitis aguda*.

Raúl, el profe, siempre decía palabras raras que jamás lograba entender.

Dora tenía claro que la lengua y la literatura no eran lo suyo.

Y esta vez decidió no hacerle caso; pensaba que era otra de las *palabritis-idiotitis* que él se inventaba.

Pero últimamente Dora está algo preocupada, porque algún compañero se lo ha vuelto a repetir y, como siempre dice, las “palabras iguales de diferentes personas, siempre son ciertas”.

De todas formas, en estos momentos, eso no es lo más importante y es que ayer mismo le anunciaron:

- Dora, según las pruebas, padeces de *amigdalitis crónica*.

- ¿Qué? No puede ser. ¿Pero, estás segura?. Dios mío, dios mío ¿cuánto tiempo de vida me queda?. Dora no sabía lo que significaba aquello, pero no pintaba nada bueno. Era otra...*palabritis-idiotitis*.

- Dora, deja de decir pamplinas. No es nada grave, hija.

Si su mamá decía que no era grave es que no era grave, porque ella era una de las personas más preocupantes de todos los preocupados del mundo de la preocupación.

- Entonces...¿no moriré?

- Claro que no, hija. Sólo has de tomarte esta medicina y cuidar tu voz durante dos semanas para que no empeore.

Dora se tranquilizó porque lo pero había pasado. No iba a morir.

Pero, momentos más tarde, recordó lo que le dijo el médico: “debes dejar tu voz en reposo”.

Después de darle mil vueltas, la fiesta mental de Dora se acabó, al darse cuenta de que tendría que permanecer en silencio...!DOS SEMANAS!

¿Dora callada?. Pero si era una de las personas más charlatanas, de todas las charlatanas del mundo de las charlatas. ¿Charlatas? Bah, no importa.

Ni aunque la ataran, la ahogaran, le regañaran, se lo ordenaran, la amenazaran...Ella nunca podría estar más de diez minutos en silencio. Y quien dice diez, dice cinco.

Y entonces, se acordó de ese niño tan raro. Ése que nunca hablaba y siempre estaba solo. Morenito, bajito y...un poco rechoncho. Si no recuerda mal, estaba un curso por encima de ella.

La gente contaba muchas leyendas sobre él. Unos decían que nació mudo, otros que temía que le entraran moscas en la boca, incluso se ha escuchado que sus padres le cortaron la lengua cuando, de pequeño, se hizo pis en la cama.

Dora nunca le hizo caso a esas chorradas; le parecían estúpidas leyendas que los demás se inventaban para llamar la atención. Pero sí tenía curiosidad por saber qué le pasaba y ahora que se encontraba en una situación parecida, pues mucho más.

Así que, después de pensarlo durante un rato, decidió que hablaría con él. O más que hablar, intentaría comunicarse con él.



Ella sabía que, después de su encuentro, podrían producirse problemillas con algunos insultos de los más tontos de su clase, porque decían que Marcos podía contagiar su *raritis*. Pero nunca me importó lo que pudieran decir de ella. Por eso, mañana, intentaría aclarar sus dudas.

A la mañana siguiente, al llegar al colegio, entró en clase.

Su madre le comentó lo de su garganta a la maestra Consuelo que, como estaba tan zumbada, apenas se enteró de lo que le dijo.

Sólo habían pasado unas horas, pero esto de no hablar ya se le estaba haciendo muy, pero que muy pesado.

Se sentó al lado de sus mejores amigas, Rebeca y Carla, que estaban un poco aburridas debido a la afonía de Dora.

La mañana transcurrió rápida. Estuvo a punto de dormirse en dos ocasiones, pero logró controlarse porque no quería más problemas.

Y...¡por fin! El timbre sonó anunciando que las clases habían acabado por hoy. Y tras despedirse de sus amigas (con un gesto), corrió a la sala de música, donde siempre estaba Marcos.

Al llegar a la puerta, escuchó una bonita melodía. Quince años después, Dora interpretaría esta misma melodía ante un numeroso público que le aplaudiría a rabiar, pero en este momento no lograba recordar cómo se llamaba ni quién era su autor...pero estaba segura de que provenía de un piano.

No quería interrumpir, así que no entró en la sala hasta que terminó la canción.

Al entrar, Marcos la miró con los ojos enormes y la cara blanca, como quien ve un fantasma.

Y con la voz quebrada y cautelosa, Dora intentó saludarlo. Debía permanecer en silencio, pero como no sentía dolor en la garganta y había estado toda la mañana calladita, pensó que no importaría emitir algunos sonidos

-¿Ho...holaa?. Siento interrumpirte, soy...soy Dora

Tardó como un minuto en explicarle su problema y por qué quería conocerlo. Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta del chico. Es más, como si nada hubiera pasado, Marcos volvió a sentarse en su piano y continuó tocando otra pieza. Esta vez claramente reconocible. Dora no sabía qué hacer. Estaba paralizada, pero no iba a rendirse; ella era muy cabezota y entonces recordó la canción que le enseñó su tía Edelmira con el piano. ¡Era esa misma!

Sin dudarle dos veces, se sentó a su lado y comenzó a tocarla en otra octava. Marcos siguió tocando sin inmutarse. Era realmente extraño. Dora ya empezaba a desesperarse, porque nunca ha tenido mucha paciencia, pero decidió continuar.

La pieza terminó y los dos dejaron de tocar. Y otra vez se hizo el silencio.

De pronto, Marcos se levantó, cogió su mochila y sacó la carpeta donde guardaba miles y millones de partituras. Colocó una sobre el atril. Se sentó y tocó el primer compás. Luego hizo una seña a Dora para que repitiera las notas.

Dora estaba sorprendida, pero hizo lo que le pidió. Con algún que otro fallo, tocó el mismo compás.

Entonces, se dio cuenta de que no estaba tan mal. Por primera vez en aquella tarde se sentía cómoda, como si lo conociera de toda la vida. Y aunque el niño raro no le había hablado, le caía bien. Y pasó de ser raro, a ser diferente y especial.

Y compás tras compás, terminaron de tocar. Y luego empezaron otra, y luego, otra más y así toda la tarde.



Las ocho de la tarde en el reloj de la sala de música. Hora de irse. Mamá sabía que estaba allí porque se lo había comentado, pero probablemente estaría empezando a preocuparse, como siempre.

No quería marcharse. Había disfrutado mucho, había aprendido muchas cosas y, lo mejor de todo, en toda la tarde no se acordó ni una sola vez de su horrible afonía.

Dora sonrió a Marcos, cogió sus coas y lo miró antes de salir.

-Ha sido una tarde increíble. Me lo he pasado genial y ha sido un placer compartir teclado contigo. Eres un gran chico. Espero que nos sigamos viendo.

Dora se dirigía a la puerta sin su objetivo conseguido. No estaba acostumbrada a no conseguir lo que quería, pero aún así, se sentía feliz. Y con una gran sonrisa abandonaba la sala de música.

-No me gusta hablar- dijo Marcos. La gente dice muchas cosas horribles sin sentido y yo no me quiero convertir en uno de ellos.

-Yo hablo a través de la música. La música nunca dice nada feo y es más divertida para relacionarse con los demás. He intentado hacerte ver que no hace falta hablar para comunicarse, que hay otra forma mucho más bonita e impresionante que utiliza poca gente y creo que lo he conseguido.

-Recuerda, Dora, el lenguaje más bonito, es el de un corazón alegre haciendo sonar lo que siente...

